

Reflexionando acerca del poder de las narrativas sociales frente a los discursos científicos en tiempos de pandemia: del VIH al COVID

HIGUERO PLIEGO A.

Universidad de Cantabria

Corresponding Author: higuero.antonio@gmail.com

RESUMEN

A pesar de la perspectiva biocultural usada en la Antropología Física contemporánea, de la cual quienes nos dedicamos a esta disciplina debemos ser conscientes siempre, en muchos momentos perdemos de vista las narrativas sociales que proliferan incluso divulgando ideas contrarias a la evidencia científica. Estas narrativas, por mucho que aparezcan en los márgenes de nuestra disciplina, no son marginales para el conjunto de la sociedad, y pueden llegar a ocupar posiciones centrales dentro de los procesos de construcción y negociación que dicha sociedad establece con los conceptos de salud y enfermedad. La pandemia provocada por el Covid-19 nos ha permitido observar intersecciones entre categorías que, desde una perspectiva científica, sabemos que no tienen validez, como podría ser entre nación y anticuerpos, dotándoles a estos últimos de nacionalidad e incluso posicionamiento político. Sin embargo, son narrativas que calan profundamente en la sociedad que les concede cierto grado de realidad, a través de un proceso de performatividad y *posverdad*. Estos procesos no son nada nuevo, ya que a lo largo del artículo se expondrán otros casos en los que las narrativas sociales han sobrepasado a la evidencia y el discurso científico, llegando incluso a desarmarlo por completo, como ocurrió y sigue ocurriendo en el caso del VIH. A través de información procedente de diversas fuentes, tanto académicas como no académicas, se analizarán estas narrativas sociales y cómo se contraponen al conocimiento científico, además de proponer qué podemos hacer desde la Antropología Física para generar contra narraciones a estas (des)informaciones y *posverdades*.

Palabras claves:

Pandemia
Covid
VIH

Recibido: 29-09-2020

Aceptado: 15-01-2021

ABSTRACT

Despite the biocultural approach used in contemporary Bioanthropology, which who works in this discipline must be concerned always, at some times we lose sight of the social narratives that develop, usually divulging ideas that are the opposite to the scientific evidence. These narratives, that are marginal within our studies, are not to the society, and may occupy core positions within the process of construction and negotiation between the society and the concepts of health and disease. The Covid pandemic has allow us to observe interactions among categories that, from a scientific perspective, we do know they are not valid, such as nation and antibodies, endowing the later ones of nationality and also political positioning. However, these narratives permeate deeply into the society that, repeating them, provides them of a degree of truth, similar to the performativity and post truth. These processes are not new, as can be seen through the article in which other cases will be presented, when the social narratives had exceed the scientific evidence and discourse, even disassembling it, such had happened with the HIV. Through diverse sources, academic and not academic, I will analyse these social narrative and how and in what they oppose the scientific knowledge, apart from propose what should be done from the Bioanthropology discipline in order to generate new narratives against these (des)informations and post thruths.

Keywords:

Pandemic
Covid
HIV

El virus que vino a conquistarnos

Poco antes del comienzo del confinamiento, un hecho histórico vivido en primera persona y que en ningún caso entraba en el imaginario colectivo, que el mundo se paralizase durante meses, Javier Ortega-Smith, concejal de la formación política Vox en el Ayuntamiento de Madrid, publicó un mensaje en la plataforma Twitter acerca de cómo sus anticuerpos “españoles” estaban luchando e iban a derrotar a ese virus “chino”. Más allá de las implicaciones diplomáticas de dicho tweet, que el concejal acabó borrando debido a la protesta de la Embajada China en España por el racismo del mismo (La Embajada de China responde a Ortega Smith: "Stop racismo" en Eldiario.es), y al hecho de que la OMS (Organización Mundial de la Salud) ya había anunciado que el nombre oficial del virus era el Sars-Cov-2, aquel mensaje fue compartido decenas de miles de veces, calando en nuestra sociedad, y siendo en cierto modo el pistoletazo de salida que permitió el uso del covid-19 como arma arrojadiza con fines políticos. Esto no solo se realizó desde espacios de representatividad parlamentaria, sino que incluyó a un gran conjunto de la población, quienes a través de las redes sociales apuntaban en una u otra dirección. Quizá el mayor caso, con implicaciones sociales, políticas y judiciales, fueron las acusaciones vertidas sobre las manifestaciones del ocho de marzo de 2020 como vector masivo de infección.

Aunque a quienes nos dedicamos a la Antropología Física este cruce entre anticuerpos y nacionalidad (la cual sobrepasó a los conceptos geográficos) nos parezca establecer una relación extraña e incluso anticientífica entre dos mundos *a priori* no relacionados, este tipo de uniones llevan operando desde hace ya tiempo en esos supuestos “mundos” separados: el científico y el político. Dotar a los anticuerpos de una nacionalidad y un pasaporte, posicionándolos dentro del espectro político, es solamente el siguiente y último (de momento) paso acerca de cómo una sociedad crea y regula los discursos sobre la salud y la enfermedad. Un virus no es solamente su cápside, su modo de replicar el ADN o los efectos que provoca en el huésped. Estos aspectos biológicos son básicos para identificar al virus, y la capa sobre la que se construyen los aspectos sociales del virus. Y es que existen los mismos mecanismos que

ocurrieron con otra de las grandes pandemias del Siglo XX, el VIH, donde las narrativas sociales han sobrepasado de gran manera los conocimientos científicos acerca del virus.

Es innegable que el Covid ha cambiado nuestra vida, y parece que ha llegado para quedarse una larga temporada. Su impacto ha sido tal que incluso se ha modificado el imaginario colectivo, ya que en su momento nadie creía posible paralizar países durante meses, y así fue, sobrevolando además la sospecha de un nuevo confinamiento total. Ha llegado a afectar a cómo nos relacionamos, incluido sexualmente, con artículos periodísticos aconsejando las mejores posturas para realizar el coito minimizando el riesgo de transmisión. Se ha llegado a hablar incluso de un virus “democrático” (otra adquisición política del virus: nacionalidad y forma de gobierno) por su capacidad de infectar y afectar a todo el grupo social por igual, algo discutible.

De pecadores y demócratas

En antropología médica se conoce al “culture-bound syndrome”, o “síndrome asociado a una cultura” como el proceso sociocultural de creación de enfermedades que adquiere su significado en el diálogo entre el lenguaje médico y la sociedad (Vandereycken & Van Deth, 1994). Estos autores exploran este proceso con relación a lo que hoy en día conocemos como *anorexia nervosa*, y como el proceso de auto-inanición fue variando su significado históricamente, especialmente en mujeres, desde ser reconocidas como santas, pasando a brujas, espectáculos y, finalmente, establecerse como enfermedad durante los procesos de medicalización del Siglo XIX (Vandereycken & Van Deth, 1994).

En conversaciones con Carmen Martín, coordinadora de ACCAS (Asociación Ciudadana Cántabra Antisida), ella observaba ciertas semejanzas entre los discursos asociados al VIH y el Covid, teniendo siempre en cuenta las notables diferencias entre ambos virus. De sus vivencias personales procede mucha información de este trabajo, especialmente en este apartado.

Al comienzo de la pandemia del VIH, durante los años 80, la moralidad conservadora de la época asoció el ser portador de este virus con aquello que

podría hacer peligrar su propio estilo de vida, todo aquellos que no fuese una familiar nuclear blanca y burguesa. Es decir, lo asoció con la homosexualidad, la drogadicción y la delincuencia. Esto permitió asociar la transmisión del virus a ciertos colectivos, creando los grupos de riesgo, en vez de asociarlo con las prácticas de riesgo, como mantener relaciones sexuales sin preservativos o compartir jeringuillas.

Durante el verano se ha podido observar un mecanismo similar, cuyo blanco han sido los grupos de jóvenes. Se ha asociado el incremento de casos post confinamiento con hábitos tales como el botellón o salir de fiesta, donde estos jóvenes se infectarían y luego llevarían a sus casas, contagiando al resto del conjunto familiar. Sin embargo, y a pesar de la gran sociabilidad de los jóvenes, los repuntes en los casos no se explican solamente por ellos, sino por las reuniones sociales mantenidas por el conjunto de la población, como se ha podido comprobar en la “tercera ola” tras el periodo navideño.

Además, el asociar la transmisión de un virus a grupos de riesgo en vez de a prácticas de riesgo también tiene el efecto de hacer ajeno el problema. Y dentro de esta asociación entra la alteridad, el “otro” como agente infeccioso. En su día el homosexual, hoy, según ciertos políticos, las personas migrantes que con su “estilo de vida” favorecen la transmisión del Covid. La (des)información y las creencias personales juegan un papel clave en cómo se construye culturalmente la enfermedad, y a quién estigmatiza.

Y es que, con el Covid, ha ocurrido que socialmente no se había visto tanto a la ciencia “en acción” como desde la pandemia por VIH. Ni siquiera durante los casos de “vacas locas”, “gripe aviar”, “gripe porcina”, han estado las noticias tan al día. Quienes nos dedicamos a la ciencia y a publicar nuestros trabajos, conocemos de sobra los procesos internos de nuestra disciplina, y cómo en algunos casos existen datos contradictorios entre sí que deben resolverse a través de más experimentación y del consenso científico. La investigación del Covid, del que sabíamos más bien poco, ha disparado la información disponible acerca del mismo, que se ha lanzado al público general sin ningún filtro, generando desconfianza entre la ciudadanía. Esto ha ocurrido porque el proceso científico se ha acelerado enormemente y se ha hecho casi ingestible. Como ejemplo se podría citar el uso de mascarillas, cuando

hubo un momento en el que no sabíamos si había que usarlas o no, o si solamente eran recomendables en vez de obligatorias.

Este aumento de información poco gestionable también ocurrió con el VIH: al principio había pánico por no conocer qué era, de ahí su primer nombre, “cáncer rosa”, por su prevalencia sobre varones homosexuales. Cuando se descubrió que no era ningún tipo de cáncer, sino un virus, el pánico se produjo por no saber cómo se transmitía, si incluso podía ser por el simple contacto por una persona portadora, como bien se observa en la película “Philadelphia”, cuando Joe Miller (interpretado por Denzel Washington) acude al hospital tras haber estrechado la mano de Andy Beckett (Tom Hanks). Los estigmas generados en los años ochenta aún siguen vigentes hoy en día, afectando a personas del colectivo LGTBIQ+, trabajadoras y trabajadores sexuales, y personas en situación de drogadicción, aunque las narrativas conservadoras establecieran cierta distinción entre el heterogéneo grupo, ya que un drogadicto se puede desintoxicar, un homosexual no se puede “curar”. Esto unido a una pérdida de derechos que han sufrido las personas seropositivas, como han sido la obligación de abortar, el contraderecho a la libre circulación, el no poder acceder a ciertos puestos de empleo o incluso de vivienda pública.

Y a pesar de que el VIH lleva cerca de cuarenta años en el mundo, el asociarlo a “otros”, a grupos de riesgo, permite que la conocida periodista y escritora española Ana Rosa Quintana afirme en su matinal de máxima audiencia que “el virus lleva con nosotros diez años, y que hay que acostumbrarse al Covid de la misma manera que nos acostumbramos al VIH” (Martín, 2020). Esto es una gran mentira, ya que ni nos hemos “acostumbrado al VIH” ni a los discursos higienistas que le acompañan, como es el concepto de estar limpio, una pregunta frecuente en sitios de contactos entre hombres. De hecho, desde hace años, científicamente se sabe que una persona con carga vírica indetectable es imposible que transmita el virus, lo que muchos colectivos han resumido como “Indetectable = Intransmisible”, y sin embargo este tipo de cuestiones sobre la limpieza siguen siendo frecuentes debido a los procesos sociales de construcción y negociación sobre la salud y la enfermedad. La sociedad ha creado sus discursos y

estos han sobrepasado la evidencia virológica e inmunológica.

De hecho, en muchos casos sigue existiendo cierto asombro cuando se siguen dando diagnósticos de VIH, en los que la gente ajena a quien lo ha recibido se pregunta como una persona puede ser seropositiva con toda la información que existe sobre la transmisión del virus. Y estamos ante un caso similar con el Covid: conocemos su transmisión y los mecanismos de barrera para evitarlos, lo que no ha impedido que en pleno verano hayamos tenido una segunda ola de casos. Sin embargo, existe una gran diferencia respecto a la infección por VIH y por Covid, y es el juicio que se emite sobre la persona. Muchos individuos seropositivos se enfrentan constantemente al cuestionamiento acerca de cómo se infectaron, como si alguien conscientemente decidiera infectarse de VIH. Por no hablar el miedo que estas últimas personas, algunas inmunodeprimidas, han vivido sobre la situación de pandemia: miedo al abandono médico, a no recibir el tratamiento antirretroviral, y a morir por Covid.

Homo post-pandemia

El usuario de Instagram “vulvano3” compartió el 19 de marzo de 2020 una interesante reflexión acerca de la colectividad del Covid, y su supuesta democratización. Dicho usuario argumentaba que el ser humano solo puede sobrevivir gracias a la ayuda colectiva, pero que eso no pasó con la crisis del sida durante los 80-90, porque era algo de homosexuales, trabajadoras y trabajadores sexuales, y personas drogodependientes. Tampoco pasó con las consecutivas epidemias de Ébola en África a lo largo de los años, porque era en un continente “subdesarrollado”. Ni siquiera ocurrió con la crisis económica del 2008 en España, porque era algo que afectaba a “los pobres”. Entonces, ¿por qué ahora? ¿Qué ha pasado para descubrir esta colectividad? Lo que ha ocurrido es que este virus ha afectado a todos por igual, ha afectado al heterosexual, al blanco, al rico y al banquero, y ante tal amenaza han sido necesarios activar una serie de mecanismos para salvaguardarnos. Pero lo que se ha puesto en marcha no ha sido una colectividad solidaria, sino una colectividad neoliberal que sabe que si cae una pieza, caen todas detrás. Esta

colectividad se ha organizado por miedo y por la falta de chivo expiatorio al que echarle la culpa del incremento de casos. Y eso sin tener en cuenta que la supervivencia desde los márgenes (de identidad sexual, de raza, de clase...) se lleva dando mucho tiempo. Pero como dijo Maestre (2020), hay una diferencia sobre el cómo y el dónde se contagia cada uno: la clase trabajadora trabajando o hacinados en medios de transporte, la clase alta bailando y viajando.

Por otro lado, multitud de autores (Žižek, Butler, Preciado, Byung-Chul Han) se han pronunciado y publicado rápidamente sus postulados acerca de la pandemia que hemos vivido, en ocasiones con posturas totalmente opuestas, como el caso de Žižek (2020) que opina que solamente el comunismo nos dará futuro como especie, mientras que Byung-Chul Han (2020) opina que será el sistema capitalista saldrá reforzado de dicha crisis.

Los conceptos que sí que hemos podido observar que se han reforzado durante la pandemia, y seguramente seguirán reforzados en este mundo post-pandemia, con o sin sus confinamientos, son los conceptos de “necropolítica” (íntimamente relacionado con el biopoder foucaultiano) (Mbembe, 2003; Comaroff, 2007) y de Homo Sacer (Agamben, 1998), ambos sutilmente entrelazados. El primero está relacionado con el uso del poder social y político para dictaminar cómo y en qué condiciones algunas personas pueden vivir y cómo otras deben morir. El segundo, implica, según el autor, “quién no puede ser sacrificado pero puede ser asesinado” por ese régimen necropolítico. Quizás el mejor ejemplo para ilustrar estos conceptos sean los trabajadores de supermercado. Estos establecimientos de primera necesidad han estado abiertos durante todo el confinamiento, en ocasiones sin proteger a sus necesarios trabajadores como era debido. Se ha reconocido su importancia, pero si estos trabajadores sufren baja laboral o incluso mueren, siempre serán reemplazables por alguien dispuesto y necesitado de dicha labor con el fin de vivir en nuestra sociedad. Este ejemplo es incluso extensible al mundo de los cuidados. Con lo cual debemos preguntarnos: ¿quién y en qué condiciones será reemplazable a partir del año 1DC (Después del Confinamiento)?

Conclusiones

La caracterización de un microorganismo capaz de generar cambios en el huésped, lo que comúnmente llamaríamos enfermedad, es solo la primera capa de un proceso complejo en el que la sociedad en general y cada cultura en particular construye, negocia y deconstruye los conceptos y procesos de salud y enfermedad que le afectan. Además, estos procesos se encuentran históricamente situados, a pesar de los intentos de establecer genealogías de patologías específicas, como la anorexia nervosa, a través del tiempo. Es imposible entender una enfermedad sin entender la sociedad que la crea y la transforma. El Covid no está exento de sufrir estos mismos procesos, de igual manera que no lo estuvo ni lo está el VIH. Se ha podido observar cómo entre ambos virus, causantes de grandes pandemias en los últimos años, la sociedad ha reaccionado de manera parecida, si bien existen diferencias idiosincrásicas entre ambos virus.

Como profesionales de la Antropología Física, intentamos hacer hincapié en el aspecto biocultural de nuestra disciplina, pero muchas veces se nos olvida que ese aspecto es la punta del iceberg de un proceso mucho mayor que involucra no solo a la ciencia, también a la política y la gestión de la Sanidad, e incluso al mundo de las artes y cómo plasman las vivencias de una cultura. Durante las últimas décadas, nos hemos beneficiado de una serie de mejoras tecnológicas y metodológicas, que nos han permitido conocer más en profundidad nuestro objeto de estudio. Sin embargo, estas innovaciones técnicas no siempre se ven correspondidas con innovaciones conceptuales, y en ocasiones esto ocurre por no introducir cuestiones de otras disciplinas por no ser científicas, como los estudios sobre el cuerpo procedentes de la Filosofía, Antropología Cultural e incluso la Historia del Arte. Probablemente no haya un momento mejor para expandir nuestros horizontes, aprovechémoslo.

Y un último mensaje, en forma de pregunta, para todas las personas que, habiendo llegado al final, consideren que no se ha dicho más que una tontería tras otra. Si indetectable es igual a intransmisible, ¿cuántos mantendrían relaciones sexuales con una persona que saben que ha recibido un diagnóstico VIH? ¿Y por qué no? Sería difícil admitir que no es porque existen unas narrativas previas, higienistas, incluso homófobas, que

han estado predisponiendo con el fin de evitar dicha situación. ¿Qué pasaría si la persona con quien se van a tener relaciones sexuales avisa de que ha dado positivo por COVID? ¿Se mantendría la actividad? ¿Se practicarían solamente aquellas posturas “seguras”, en las que no hay cara a cara, para evitar la transmisión?

Agradecimientos

Me gustaría agradecer la oportunidad de publicar esta reflexión al equipo editorial de la REAF, así como el trabajo que están realizando para sacar la revista adelante. También quisiera agradecer a Carmen Martín por las charlas que hemos mantenido, necesarias para realizar este trabajo, así como a Aitziber González, por su primera lectura del manuscrito.

Referencias

- Agamben G. (1998) *Homo Sacer*. Stanford: Stanford University Press.
- Comaroff J. (2007) Beyond bare life: AIDS, (bio)politics and the neoliberal order. *Public Culture* 19: 197 – 219.
- Han BC. (2020) La emergencia viral y el mundo de mañana. *El País* 22/03/2020.
- Maestre A. (2020) Toreros, Taburete, el Metro y los temporeros. *Eldiario.es* 08/08/2020.
- Martín C. (2020) Queridas Ana y Marta: No se puede comparar, se debe aprender. *El Faradio* 22/05/2020. Santander.
- Mbembe A. (2003) Necropolitics. *Public Culture* 15: 11 – 40.
- Vandereycken W., Van Deth R. (1994) From fasting saints to anorexic girls. The story of self-starvation. New York University Press.
- Žižek S. (2020) *Pandemia*. Anagrama: Barcelona.